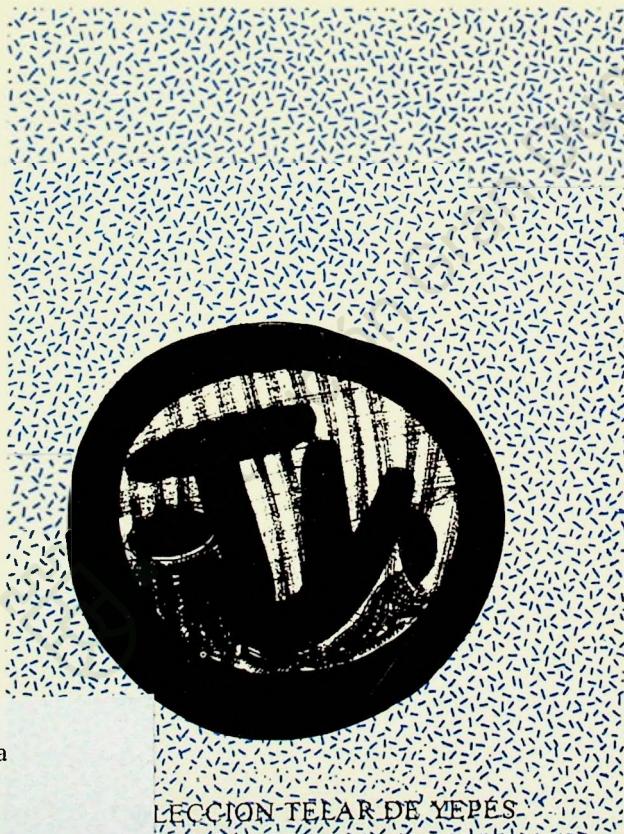


ÁNGEL GARCÍA RONDA

EL RÍO



LECCIÓN TEJAR DE YEPES

CION GRAN DUQUE DE ALBA
UTACION PROVINCIAL DE AVILA

de Alba
2-14

ANGEL GARCÍA RONDA

Nace en San Sebastián en 1939. Economista e historiador, ha estado vinculado desde muy joven al mundo de la literatura, siendo cofundador de las revistas Kurpil y Dantil. Su quuchacer literario se desarrolla en los campos de la narrativa y de la poesía, publicando "La levadura", "Garibaldi está cansado" y "Geografía ausente". También es autor de trabajos sobre historia del siglo XIX, destacando su obra "La transformación de la foralidad guipuzcoana (1837-1844)" Ha desempeñado diversos cargos políticos en distintos gobiernos vascos. Actualmente es Diputado a Cortes desde la legislatura de 1982.

Ángel García Ronda está vinculado desde hace muchos años a Ávila, veraneando en el Valle del Tiétar. Conocedor de nuestras tierras y nuestras gentes, se siente profundamente unido a todo lo abulense.

La colección "Telar de Yepes" ofrece su última producción poética: partiendo de la simbología del río como elemento esencial de todos los poemas, conduce su verso hasta la memoria de la ausencia, recorriendo los espacios de sus recuerdos y de sus vivencias engarzados en las mismas aguas que recorre la melancolía y la esperanza. "El Río" fluye con sus caudales irremediables, con sus cauces desmesurados, y recordando el origen de Jorge Manrique, nuestras vidas siguen siendo los ríos que nos llevan a esa mar donde finalizan todos, dejando a su paso regueros de vidas pasadas, de vivencias huídas en el tiempo, de momentos que ya no existen pero que permanecen atados a nuestro hoy con lazos intensos. Se navega en los ríos de la existencia y se contemplan los ríos del vivir, en definitiva, todo lo que transcurre a nuestro lado deja el poso de su reflejo y las aguas de su memoria.

Poesía que se vincula a la más honda tradición española, donde lo lírico encuentra en la propia experiencia el campo abierto, flujo de lo que hondamente se vivencia y se transforma en imagen y en paíabra. "El Río" no se actiene nunca; sus aguas son siempre nuevas pero su recorrido, su pasar y su cauce siempre se conduce al mismo mar, al mismo fin certero.





Institución Gran Duque de Alba

ÁNGEL GARCÍA RONDA



EL RÍO

Para Carmelo, de amistad
encuentro ha vendado amistad.
Con afecto, para siempre,

23/2/94

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)

Jacinto Herrero Esteban

José M. Muñoz Quirós

Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-78-2

Depósito Legal: AV-262-1993

Imprime: IMCODAVILA, S.A.

Ctra. de Valladolid, Km. 0,800
05004 Ávila



*A la memoria de Ángel
García Silió.*

PÓRTICO PARA EL ENCUENTRO

¿Por qué cuando me quemo en esta lumbre
más allá de la carne que me muere
en silencio, no logro que se espere
mi apartamiento de la incertidumbre?

¿Cómo soportaré que ni una azumbre
del perfumado sándalo me altere
si sólo son certezas las que quiere
mi espíritu para impedir la herrumbre?

Te buscaré, oh Río, sin descanso
hasta alcanzarte en tu maduro centro
y subiré de allí hacia la llama

sostenida en la cima del remanso;
así sabrás lo que me pasa dentro
y verás la luz que desde mí clama.

DESDE EL BALCÓN

DIA

Salgo a visitar al Sol.
Y me deslumbra el Río.
Gris en la lejanía de los puentes
y de mis ojos miopes, verde
ahí abajo, donde las moreras
le ofrecen su sacrificio y los plátanos
sobreantes, heridos por el otoño,
se asoman a él, sin inclinarse
en él se bañan y lo adoran.
Apenas un temblor,
los efímeros brillos en la piel del agua,
la sombra oscura que en el muro deja
el paso del húmedo cortejo,

del sosiego incesante indicios tenues
son, vías para tenerte
sujeto al cauce que te ciñe,
sujeto a mí también, que te contemplo
en tu deslizamiento interminable
hacia el mar que no llega a devorarte,
hacia mis dentros que mojas con tu lengua
dejándome vacío de las cosas,
sólo conmigo mismo y con tus fuentes
y con esta tarde quieta y silenciosa,
mientras el crepúsculo imagino
luego del ahora que no se altera,
mientras esos árboles -otra vez-
te rinden pleitesía, amarrados
a tu hechizo.
Quiero que arrastres lentamente,
sin hacerme daño, los lastres
que me sobran, que me aprietan

la verde soledad hasta ensuciarla;
quiero que, al fin, en tu regazo
las piedras de mis venas desciendan
poco a poco, sin herir la materia
que me ofreces, sin arañar
el lecho en que te gozas: sólo
así, cediendo a la caricia mutua,
se borrará cualquier antiguo odio
entre nosotros y volverá el saberse
hechos para el anegamiento, para
el perenne diálogo de tus espejos
y mi carne opaca, oh sabio Río.

NOCHE

Vieja historia: la Luna se miró en el río.
Hoy es verdad. Como quien nada hace,
una luna encogida, reducida
al tamaño de túrgida moneda,
nada en el cauce denso en oscuridades,
se mece buscando el equilibrio
que ya encontró en el sideral espacio.
Y en ese paisaje falaz y hermoso,
hecho de reflejos, negrura y aire,
te escucho cómo fluyes.
Durante horas de silencio, palpitas
bajo mi fatiga sin tristeza,
al borde de mi esfuerzo solitario,
como un compañero preparado
a recibir una escandalosa confidencia
y a ser comprensivo sin medida.

Me aferro a la baranda
para no escaparme fuera de mi tiempo
y poder seguir regalándote
mi terco pensamiento que en racimos
cuelga por doquier, como las piltrafas
empujadas por el viento
a las altas ramas y a los cables.
Es en la noche
cuando suceden contigo los silencios,
cuando los suburbios de tu orilla,
ya cansados del murmullo vegetal
se tienden a escuchar
lo que no tiene voz y tiene verbo.
Y en la noche, los puentes
saben de suicidas y de luces
con que te obsequian tiernamente,
y a los que, a tu pesar, recibes
porque jamás una ofrenda rechazaste,

bien fuera de jazmín o de sudores agrios.
Tenemos para los dos, oh Río,
mi visita nocturna que tú tomas
también como el incienso que llenara
las alforjas del mágico camello,
y con ella perfumas los caminos
que recorren las palabras que no te sé decir
pero contigo van puras al mar.

EL RÍO SONOROSO

¿Sentisteis el murmullo
de cada gota de agua entreteniéndose
en resbalar por los modestos musgos
de incierto tallo, acompañada
de un millón más que hacen el ágil cuerpo
a quien seguir es imposible,
porque nadie -seguramente-
podrá alegar serenidad o astucia
suficientes para que ese nítido espejo,
esa locura acelerada y limpia,
hagan más lento su camino y se dejen
atrapar en nuestro afecto de animales
blandos que ofrendamos
como un tributo insuperable y exquisito,
que de nada sirve, que tan sólo

muerde los recuerdos que ni una gota
de esas que gozosas saltan en la cascada
conserva?

¿Sentísteis más allá,
al otro lado de los galopes del agua
lo que queda
después de que esa agua ya ha pasado:
ese inmenso silencio
lleno de chispas fabricadas por la angustia,
pleno del furor del vacío,
de voz ahogada
que resuena en los ojos que lo miran,
secos también, ahora despojados
y abandonados a sí mismos
como niños en extravío
ante lo que no han de recuperar?
¿Sentísteis, por fin, el retorno
dudoso del agua renovada

para encontrar el Río, anunciándose
insegura, tal vez engañosa
como la más firme esperanza, acaso
nunca vencedora de la certeza
del silencio?

EL RÍO HUYE

Deslízate sin prisa, ya que te escapas
entre mis manos, Río.

Déjame contemplarte con los ojos
rotos por el cansancio de los días,
por la brevedad de los años, tal
un ciego que rompiese a llorar
inútilmente mientras en la oscuridad
desconocida huyesen los pasos
de la amada nunca vista.

Déjame seguirte con la tarda memoria
de los que no tomamos en las manos
las aguas según vienen
sino dejamos escapar
los líquidos cristales de la vida
más allá de los puentes, donde

la boca voraz del mar los traga
y son sólo fragmentos
inservibles con los que ni el recuerdo
siquiera puede construirse,
fragmentos que se alejan velozmente
para nunca volver a estas manos
tan inútiles, tan merecedoras
de infame sequedad, de servidumbre
a los castigos de la nada.
Deja al menos, Río, que las moje en ti
mientras en tu carrera
me invento la melancolía.



LOS RÍOS SECOS

Transidos de piedra y tristes matojos,
como viejos Rocinantes casi muertos,
sin nada que arrastrar ni que vivir
estáis ahí esperando el lento
paso de los aldeanos torpes
que os hurgan con sus nudosas garrotas
mientras desgranan las letanías
del tiempo que se fue y de lo que no hicieron.
Soportáis el horizonte de muchachas
sin correr tras ellas, sin llevarlas
a los rincones que no tenéis,
soñadores de un soto en que guardaros
de la sequía que fue una para siempre.
En vuestros esqueletos sin fortuna
encuentro con los guijarros las leyendas

áureas de otros días en que el agua fue,
en que el cielo manaba leche y miel
para vosotros, o mejor aún,
agua traída por los bosques, hecha
vida en las riberas ya sin nombre.
Sois como el Infierno, a la espera
del milagro interminable que os redima
en la perpetua placidez de antaño,
no en la avenida lustral que os maldice.
Os miro al borde del llanto, sabiendo
que esperáis inútilmente, que habréis
de tragar la sed que no evitásteis,
tan sólo transformados en sendero
para los pasos sin rumbo, en espejo
para las sombras que ríen a la orilla
de la vida que no sois. Como no sois
el Río hondo que también a las aguas
mínimas compromete, certeza

auroral que me aparta de vosotros
con el recelo de quien busca
los saberes apiñados en la lumbre.



LOS RÍOS QUE NO EXISTEN

O acaso existís en regiones imposibles,
escondidos en la imaginación
que jamás miente salvo a los niños buenos.
Si así es, sed cómplices conmigo
para que pueda llegar a la inocencia,
para que no me asustéis con vuestra nada
señoreadora de los mitos
obsesivos y los reencuentros
en las geografías del más allá.
Imposible inventarlos sin motivo
ni bañarse en vuestra agua que no moja
si olvido la condición que me es dada.
Pero ¿cómo no recordar
lo que nunca fue, si mi materia
es deleznable y, en verdad, no existe

más que para decir que no será?
Así pues, hermanos primorosos
de la ausencia visible y la más pura
encarnación, venid a mí uno a uno,
soltad vuestros torrentes en mi memoria
que celebra nupcias con la leyenda
y llevadme valle abajo hasta que encuentre
vuestra desembocadura intacta,
el sentido que os llevó a esconderos
en libros y palabras, golpeando
mi cabeza con vuestras vidas imposibles.
Tal vez estáis ahí, Leteo o Imbobora,
tan sólo para demostrarme
que los olvidos y las tiernas lágrimas
tienen otros cauces y que el agua
que pasa y sabe pertenece entera
al Río que recoge vuestros nombres,
los deposita a mis pies y me obliga

a conoceros en silencio, en tanto
le acompaña en su perenne viaje.



LOS RÍOS DESCONOCIDOS



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

RÍO PARA EL CIEGO

Eres un río oído,
un río que pasa sin curar los ojos
para que él siga inventando
—él mismo, el ciego—
cómo es tu cuerpo húmedo, suave, sutil,
más cierto al solo tacto
que al perpetuo engaño de la vista.

RÍO DE LA LUNA

Tienes el camino hecho,
sólo falta que lo pisés atrevido
y ciegués la polvareda
tal como ciegas los fuegos fatales:
viniendo de más allá,
de suelos cercanos o de lejanos
cielos, henchido de agua.

RÍO ÁRTICO

Púdicamente tu cubres con blanco
manto que nadie verá,
ya que vives en anchas soledades
y tercias tus aguas frías
en la última y dura tundra profunda
de donde nadie sale
sino para vivir eternamente.

RÍO DE MAL FANGO

¿Dónde están el líquido y la transparencia?
¿Dónde el musgo bien peinado
por las frías y limpias corrientes?
Apenas te maledezlizas
bajo el turbio detritus humanísimo
y allí aprietas tu nada
revelada por el hedor opaco.

RÍO SUBTERRÁNEO

Socavando más y más,
ahondando en la entraña de la roca
pareces esconderte
a los ojos que te desean, huir
más adentro, hasta que el fuego
seque tu anhelo de ser para nadie,
al fin libre y estéril.

GUADIANA

Despavorido huyes
de la soledad —trigales y barbechos—
a las oscuras cuevas
donde no te conoceremos y gota
a gota, por las arcillas
secretas, te encuentras contigo mismo
hasta que vuelves a darte.

RÍO DE LA CUEVA DE MONTESINOS

¿Por qué no lo dijiste,
por qué no, Alonso Quijano, confesaste
que allí abajo tus ojos
sólo vieron el relámpago purísimo
de un tenue río secreto
en que tu frágil destino inolvidable
supiste para siempre?

LOS PUENTES

¿Amáis o teméis a los ríos?
Me da por pensar que, tiernamente,
or reís de ellos con vuestro silencio,
susurrando en la noche si estáis solos,
y si os contempláis sobre el mismo río
enviándoos mensajes sin palomas
de perfil a perfil en la claridad
lunar que os sienta siempre bien.
Os recorrió tanto, con la humedad
en los tobillos y sin esperanzas
de que ningún suicida se salvara,
que es la amistad la virtud que ejerzo
cuando acaricio vuestras sienes
recordando mi futuro inevitable
ya cuajado de tenues cobardías.

Porque sois, para lo que vendrá,
la puerta del destino serenísima
hecha de arcos que traspasarán las aguas,
mientras los oráculos de cristal
la historia de los pueblos que pasaron
por vuestras piedras averiguan.
Una memoria es cada pisada,
cada mirada al suave torbellino
que envuelve las columnas nadadoras
es una llamada a viejas resistencias
cuya muestra ejemplar está en vosotros,
de invencible permanencia y risa
que separa las aguas de los fangos.
Os recuerdo de cobre llameante
en inventadas esferas, también
de piedra tierna y ardorosa,
columnados y con forjados faroles,
coronados de dorados caballos,

viejos y secos como los romanos,
desafiando el aire bajo el cielo azul,
tan grandes, tan minúsculos, tan duros
y serenos, abiertos o escondidos,
sobre orgullosas desembocaduras
y contemplando breves arroyuelos,
hierro, cemento, granito antiguo,
madera valiente y entramada,
el de la Torre, el de la Reina,
de Arrabida, de Tuy, de Santarem,
de Alejandro y de los Suspiros,
de Bárcena y de Santa Catalina,
Brooklyn, la Barqueta y el Kursaal,
Sant'Angelo, Veinticuatro de Abril,
Alcántara, Mérida, Alcolea,
el Vecchio de Firenze, el de Corinto,
uno muy breve en Kobe y el San Carlos,
no me olvido de San Francisco y Sidney.

Todo río cruzáis, Arno, Tajo
o Yang-tsé, contando las moléculas
que atraviesan el fielato de los arcos
en carrera feroz o sosegada,
mientras decís adiós sin llanto
porque la visita es interminable
y sabéis que con vosotros está el Río,
aquí y allá, incesante en sus meandros,
deslizándose, invitándonos a ir
más allá de nuestra escondida luz,
donde él rompe con su orilla y encuentra
la lumbre en la que ardemos sin dolor.
Vuestros ojos nos contemplan con ternura.

RÍO DEL RETORNO

Ya
creces
contínuo,
mansamente,
rodeando el alma
que también se torna
maleable a tus halagos,
al requiebro transparente
que para lavarnos desciende
llenando tus aguas —caudaloso
como tú— hasta el más lejano centro
—pleno de sólidos fuegos que tú apagas—
mientras sin amenazas crece tu avenida
inundando todo lo que no es tierra ni huerta,
avasallando lo que es ceniza y ayer fue olvido.

De ese modo nos haces renacer de las ausencias,
nos limpias uno a uno, rota ya la vocación
de enjambre, y logras que abracemos las auroras
de tu paso y esas aguas que no tocan
sino una mano y otra, sin presura,
derramando gracias, como antaño
cuando venías desde lejos
regalando tu rumor
que ahora nos envuelve
y hace que seamos
uno contigo
tan adentro,
en tí,
Río,
ya.

GUADALEVÍN EN RONDA

Breve es el paso y la piedra prieta,
se despeña el agua en hilos frágiles
amenazando al mar tan lejano,
y allí, en lo alto, brilla un fraile
crepuscular como un vestigio
de tiempos idos que no cuentan
con la eternidad del río, ausente
de mis tardes y tan abajo, tan tenue
al oído que su verbo huye
sin fecundar la llama
que encoge los pinsapos y claveles
en este agosto de solares martillos.
Despeñadero minucioso,
torzal que se deslía en vértigos
que tú, Río, recoges sin cesar

cuando va con él el recio cosido
de los espíritus a prueba puestos,
cuando singular con singular
nos encontramos en el cauce
apretado que alimenta musgos
y acudes a que juguemos la partida
del deslizamiento en que me escondes,
al fin inútilmente, tu tesoro.

OTOÑO EN EL DELTA

A W. Faulkner, i.m.

Todo mío el gran río del caimán.
Mil brazos me rodean con su agua
y me pierdo selva adentro sin poder
ya comprender por qué es incesante
la venida de la verdad más ancha
de la Tierra.

Sí, al principio me he perdido
pero ahora me escondo entre las grandes hojas
para acechar tu llegada incesante,
cargado como estás de los residuos
que deja el continente en tus orillas;
y allí descubro, con gozo primerizo,
las faunas y las almas, abalorios

de lo que ya no existe y gemas
de lo que para siempre existirá
mientras no ceda yo ese metro cuadrado
-atalaya, troje, fanal y barco-
donde me alcanza tu aliento y me alza
a los frutos más maduros, a los rayos
espléndidos que no me queman
en lucha con tu ola no salada,
que riega el otoño feroz
de las flores gigantescas, que burla
y glorifica los pasos de los gamos
cazados por tres razas, trofeos
que exhibes al par de la ágil iguana,
junto al zoológico inmenso de hormigas
y reptiles, en íntimo beso
con los restos del oro que baja
del Misuri. Mil brazos, sí, mil venas
reproducido la ola gigantesca,

tu lengua que nunca pierde la batalla
abarcando el mar caliente, los hombres,
los animales de todos los colores,
las preciosas piedras errantes,
los aturdidos trebejos de la pesca
y lo que no se ve, lo más pequeño
y lo que no tiene medida;
de tal forma apareces al alba
con los mil sonidos y a lo lejos,
oculto, el sofoco de Orleans la Nueva.
Transformado llegas hasta aquí
para demostrar la Vida, oh Río.

RÍO DE BABILONIA

¿Quiénes, a tus orillas, sentábanse
a llorar en otros días tan infelices
como éstos? ¿Quiénes esperaban
un sol que les llevase de nuevo
a los muros de Jericó, heridos
por el rayo del Señor? ¿Y quiénes
hicieron de Gaza tierra enemiga
a conquistar?
Contestadme otra vez
con las armas en la mano, guerreros
implacables que fingís no haber llorado
desde que cesó el Diluvio. Babilonia
no os olvida hundidas vuestras frentes
en el fino fango de su río.
Y cuando todo es ruina en su mundo,

en su espacio depredado (como si
la historia no tuviese otra misión
que destruir lo bello por un lado
y por otro alabar a los canallas),
el agua babilónica se burla
del desierto y arranca, en las márgenes
eufratinas, antiquísimas hilachas
de ásperas vestes aprestadas
con hoy negadas lágrimas hebreas,
cuando nunca alcanzásteis mayor gloria,
iescuchadme, hijos soberbios de Sion!,
que en aquel llanto de destierro
mirando el Río que fue vuestro ese día
y para siempre, que lleváis aún
en el río de la sangre y os cura
de vuestra cotidiana iniquidad,
aguardando infinitamente que sepáis
que la antorcha no se apagará en sus aguas

generosas, sabedoras de avivar
lumbres y palmeras que Rafael
trajo consigo para probar
las liturgias y los hombres que odian
a otros hombres, como si no quisieran
abandonar nunca la batalla
que hizo antaño su desgracia
y que hoy hace su maldita suerte.
Aún os aguarda, voluntarios ciegos,
el sagrado Río en Babilonia.

RÍO EN LA INDIA

Para Jean Renoir, i.m.

Algún año venturoso, inventaste
un río que era agua y aire lucientes,
un río que llegando del techo
del mundo no perdió su transparencia
al entrar en contacto con la lepra
pudridora, ni con las desatadas
ambiciones que conspiraban
en su orilla de cascabeles, crótalos
y abalorios mezclados con encendidos
abanicos, elefantes tristes
y monedas en desuso sólo válidas
para miserables de solemnidad
que ni mierda tienen en las tripas.

Así era, y ese río también
era el Río que discurría
entre la luz y el polvo indios,
lamiendo las piedras preciosas
y, sobre todo, la humanidad apestosa
de las multitudes hechas de carne
pero acaso de algo más dentro
de su pobreza cercana a la muerte.
Y tú supiste, ¿cómo supiste,
refinado esteta de la perfecta Francia
que el Río en la antiquísima llanura
se serenaba para todos,
como si todos fueran uno,
no siéndolo ni siquiera un minuto?
¿Cómo fuiste capaz de ver
que algo unía al oro y el andrajón,
a las hermosas cúpulas y las chozas
repugnantes nacedoras de gusanos?

¿Cómo en el turbante inmaculado
discerniste la mosca transmisora
de mortales males, y en el trapo
el casi divino escupitajo?

Ahí, en tu río, el Río se detiene
a contemplar la vida adolescente,
a rumiarla y seducirla en formas mil,
olvidado del curso y de los peces;
esos viejos soldados, mientras tanto,
desdeñan el amor y las medallas
e ignoran que también el Río
se ocupa de ellos y los rumia
hasta que no pueden ya sino rendirse.
Príncipes y pedigüeños, fornidos
militares, ramas secas en el polvo,
flores crecidas contra el feroz viento,
flébiles impúberes de núcleo duro,
tiernas hojas de insólito verde

a la vera del río más cierto
y tembloroso como recién nacido.
En el aire, envolviéndolo todo,
el color Renoir traído de un jardín
francés, melancólico y lejano.
En la llanura bengalí,
llevándose todo, el Río discurre
inacabable y lento, de ubres
amplias que alimentan el misterio
que un día alguien supo enseñarnos.

LOS RÍOS DE GUILLÉN

Para J. Guillén, i.m.

Venís ríos de Castilla
-espadas de cristal-
a desmentir la aridez,
el aire a demostrar.

En vuestra piel la ventura
cómo late: delira;
entretanto huyen los vientos
a las copas, arriba;
observan jugueteando
voces enamoradas,
las manos abajo siegan
y los ojos devanan.

Un hilo y otro y otro
piden, juran, recitan,
porque no saben qué son
ni hacia dónde caminan.

Van deslizándose a ciegas
pero un frescor errante
les indica sabio el rumbo
empujando cristales.

Y en el correr de la tarde
profundo se ilumina,
ápice, cénit del agua:
el Río de Castilla,
el Río que se recrea
a los pies de los álamos
y entre meandro y meandro
hace suaves los cardos.

Nota: El segundo verso de cada una de las seis primeras estrofas pertenece al poema "Río", de "Cántico" de Jorge Gillén.

EXILIADO EN LAS SOMBRAS

A Hölderlin, i.m

Apelabas a los ignotos dioses
con la gran inocencia del que sabe
subir dentro de sí aunque esté preso;
ellos supieron comportarse y te dieron
el mejor regalo que tenían:
el silencio, para que en el abandono
supieras -tú que tenías la palabra-
dirigirte a los hombres, alejado
de los privilegios celestiales
mas no del dolor, del maldito dolor
que conociste como nadie, junto
a la más alta alegría de nombrar
lo que te cercaba, lo que por tí

dejábase abrazar en lazo estrecho
y nada menos que era todo.
¡Ay de ti, que fuiste el más amado
si el amor es devastadora llama!
¡Ay de ti, que fuiste quien más amó
y el pago del amor es el olvido!
Guárdate, te hubiera dicho, de tales
gracias, si me hubiera sido dada
la de hablarte en carne mortal y a los ojos;
pero ahora sabes y sé yo también
que fuera inútil la advertencia:
cumplías tu destino hasta la final
lucidez de quien no quiso mendigar
compasión ni humana ni divina.
Te bastaba con el amor que va
más allá de lo que se conoce y siente,
para qué olisquear en la basura
que se repite incesante cada día,

por qué estar más acá de lo imposible
si en tu carrera nadie ha de seguirte,
luego vendrán tan sólo a que veas
cómo te separa de ellos un abismo,
y en el insante postrero -¿primero
acaso?- comenzarán a enterrarte
con cuidado sumo y decencia extrema,
tal un cadáver roto por el tiempo
que se deposita con arqueológico
esmero en aséptica vitrina.
Para siempre serás Scardanelli,
no seré yo quien pronuncie tu otro nombre
mientras no lo quieras, y por algo
-¿el atisbo de una gloria de medalla
chapada en oro? ¿tal vez la sospecha
de fútiles recitales, golpeando
tu memoria? ¿quizá el espanto
aplastante de la patria guerrera?-

abandonaste lo que conocían
de ti y huiste al otro lado del espejo
disfrazado de orate delicado:
por siempre Federico Scardenelli.
Y por siempre al otro lado de los ríos
tras beberlos con fruición a la orilla
de los sauces y de las praderas mansas,
tras mojar tus tímidos anhelos
en sus rincones escondidos,
después de perseguirlos al pie de rocas
encastilladas para albergar elfos.
Mirabas, con ojos entrecerrados,
la radiante superficie de sus cursos
mimados por el pálido deshielo
y morabas allí como el barquero
más celoso de toda la Germania.
Neckar -tumba-, Main, Danubio y los arroyos,
augustos amos de tu sedienta lengua;

y como un extraño general cansado
de sufrir todas las guerras a sus flancos,
el Rin emperador que los resume
como en una flúida gavilla
y los devuelve uno a uno, tenaces
argumentos que fueron de tu verbo.
Hoy navegas en medio de las aguas
del Río sin engaño, no hollado
sino bruñido por las sombras
de tu reverencioso exilio;
no eres ya otro distinto al Río.
Aurora, pez y espada se repiten
y resbalan en las manos, mercurio
que se dijera para hacer brillar
lo que regalas día a día,
oh gran Río, a tu amado Scardanelli.

OFELIA ARRASTRADA AL FONDO DE LAS AGUAS

A W. S., i.m

¡Pobre muchacho enloquecido
por la razón que te atraganta
abrumadora, saltadora de amores
irremediables y de sórdidas tumbas
que atesoran las limpias calaveras
contempladas por tu ávida mirada!
Corre a salvar lo que de custodia
no ha menester y es libre en el viento,
deja de hacer de doctor para los cerdos
y los indigentes que mascan sus pulgas
despreciándote mientras roban flores
para los tiernos asesinos del veneno,
retírate detrás de las cortinas

a escuchar inmóvil carcajadas
y suspiros de odio que desencajan
los gestos tan serenos del vómito.
Tu amada vaga por el aire
en la vendimia de uvas invisibles,
trenzando marchitables guirnaldas,
y tú lo ignoras todo de su vientre
como si lo que espera fuese
tu tan inútil corona de laurel
en vez de la húmeda semilla
que sirva para enredar su pelo,
engrosar su cintura y dar de reír
a sus dientes incapaces ahora
de morder frutos que no sean de muerte.
Ella con su vástagos inventado
te hace llamadas de socorro
para que cumplas mejor tu venganza
y sepas que sólo una esquirla de vida

será válido injerto que repare
las úlceras blancas de Dinamarca;
después -entendiendo tu silencio-
baja a la orilla fangosa con pie
prudente, suscitando corteses
entendimientos entre su calcáneo
y los silvestres vegetales que refrescan
la ociosidad de las bestezuelas
minúsculas que ejercen de taestigos.
Entretenido en lúgubres castillos,
tú, príncipe montado en papel y espuma,
cubres los pastosos ocios lamentando
no ser lo que no eres, puro espíritu
al que se rindiese la materia
enemiga y al que se plegase Ofelia
olvidada de su redondez de aurora
que socava la más firme oscuridad.
Así dejas que ella elija

el más transparente de todos los caminos,
el único con que podrá unir sus manos
tras tenderse suavemente en ese lecho
de agua y rosas en donde tú, oh Río,
la recoges para hacerle saber
que es ella misma y estaba destinada
a ti, mientras tú, Hamlet
-puñal y furia- de repente viejo,
hurgas en lo inescrutable y miras
con asombro al fondo de las aguas.

RIO BRUCKNER

Para Anton Bruckner, i.m.

Acordes lejanos pero claros como el aire
que encierra en su vientre casi humano el violonchelo:
son el anuncio de lo que pronto nos envolverá,
tal una densa y no pegajosa tela de araña.
De repente, sin anuncio, el timbal nos hace la llamada
hacia el extraño destino de volverse hacia dentro,
porque los golpes continuos y profundos nos fustigan
dentro, muy adentro, más y más adentro, en el fondo
de las estancias oscuras donde se levanta el polvo
a cada pisada de la sorpresa, del sonido
despertador de lo que es imposible decir
salvo con palabras que aún no existen y se inventan
y desaparecen estérilmente, sin misterio

que llevarnos a la boca con delicadeza
para entrar -intentarlo siquiera- a eso que es imposible
pronunciar. ¿Por qué es tu música, con su galope,
ese caballo que no puede explicarse sin ardores?
Ayudadme a que lo encuentre sudoroso, mojado
de las aguas que caminan entre cielo y tierra
como diademas diamantinas que habrán de colocarse
en la frente de las glorias todavía lejanas;
dejadme que sostenga su grupo enajenada
y tersa, lámina de ópalo donde resbala
la simetría de los cuerpos y va naciendo
el sonido transparente, leve, indestructible,
hasta abarcar el aire entero y vendarme los ojos
con el lienzo del olvido de lo que no sea oír.
Mas luego, en un instante, el viento caudaloso surge
asustando a los violines que sólo se defienden
agazapados entre los resquicios del metal,
mientras los campos se sienten peinar por el soplo

ardiente de ese viento que busca su vocación
sólo remediable en los esplendores del agua.
Porque ahí se recogen los nocturnos aquilones,
se dulcifica ese torvo huracán que nos reclama
en alas de las trompas lejanas que se amansan
al conocer el manantial por la cuerda descubierto,
resucitan las maderas con su escondida risa
que es capaz de espantar a las más rancias polillas,
y el arpa se despeña hasta las riberas, besándonos
a cada instante, fundiéndose en los líquidos cristales.
¿De dónde viene tu sabia cetrería, a dónde van
las aves de oculto vuelo que tú escoges traicionando
a los traidores que hozan en la basura de la nada?
¿Cómo acumulas las pulidas piedras que al Río donas
tras haberlas hallado como frutos de la aurora?
Surgen temerosas de las fuentes invisibles
como prudentísimas vírgenes, las melodías,
y luego se expanden a la búsqueda de orillas

o batracios que marquen la senda de los límites;
las recoges, acaricias, infinitamente
las alargas, las bordas con el viento del fondo
de la sala y las entregas con las rocas y las aves
a la delicia de las corrientes que van más allá
de las tormentas y los saltos bruscos, se remansan
y se instalan en los nítidos colores aurorales
donde navegan los sonidos, especias de sabor
reconocible que dejan en suspenso al agua.
¿Cómo es posible que esa armonía fabricada
construya los senderos hasta la puerta del Cielo,
se demore allí con timidez y desarrolle
la cascada de nubes que luego se convierte en río?
Porque navegar es fácil teniendo cauce y barco;
lo arduo es prosperar en camino al Paraíso
y tú lo has hecho y nos lo regalaste desde el discreto
asiento de gordo y pequeño propietario
mas inmenso dueño de lo que nace en pentagramas.

Colecciona tus cantos, tus clamores a la altura,
no llames ya más con timidez al Cielo, irrumpre
en los verdes campos que ganaste con pie terco,
invadiendo sus hectáreas con tu larga música;
y luego, concédenos que ella misma como clámide
proteja el temblor de nuestro frío, antes que vuelvas,
allá por la alborada, a arrojarnos a este Río
en que tú ya navegas con gloria y sin retorno,
eterno huésped de la claridad definitiva.

PARA EL CAMINO SIN FIN

He pisado tus venas diferentes,
he temblado al creer reconocerte
en los espejos del agua y al verte
zafiro resistiendo a los torrentes.

He viajado por las más rientes
de tus voces que bordeaban la muerte,
fui golpeado por tu viento fuerte
y supe el amargor de los ausentes.

Pero sé mi camino y mi ventura
aunque te escapas a tu nacadero
para ordenar tu marcha al infinito:
ir contigo a la desembocadura
desde las fuentes donde ardo entero
y que vengas, oh Río, donde habito.

ÍNDICE

— Pórtico para el encuentro	7
— Desde el balcón	8
— El río sonoro	14
— El río huye	17
— Los ríos secos.....	19
— Los ríos que no existen	22
— Los ríos desconocidos.....	25
— Los puentes.....	34
— Río de del retorno	38
— Guadalevín en Ronda.....	40
— Otoño en el Delta	42
— Río de Babilonia	45
— Río en la India	48
— Los ríos de Guillén	52
— Exiliado en las sombras.....	54
— Ofelia arrastrada al fondo de las aguas	59
— Río Bruckner	63
— Para el camino sin fin.....	68



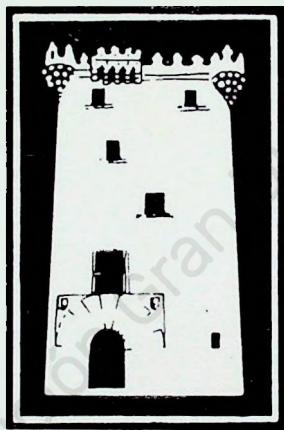
*Esta primera edición de
EL RÍO
se terminó de imprimir
el día 29 de diciembre de 1993
festividad de
San David y San Marcelo*



Institución Gran Duque de Alba

TÍTULOS PUBLICADOS

- **Insula extraña el Corazón**, de José Luis López Narrillos.
- **Airado Luzbel**, de Fernando Alda Sánchez.
- **Carpe Diem**, de José María Muñoz Quirós.
- **De polvo enamorado**, de José María Ercilla Trilla.
- **El mágico lenguaje de septiembre**, de José María Guerra Vozmediano.
- **Conjunción de Espejos**, de Tomás Hernández Castilla.
- **Oráculos sombríos**, de Gaspar Moisés Gómez.
- **Ciudad de Ceniza**, de Teresa Barbero.
- **Segunda antología**, de Luis López Anglada.
- **Soporte del viento**, de Ovidio Pérez Martín.
- **Todas mis palabras**, de José Ledesma Criado.
- **Mi corazón a mi manera**, de José Javier Aleixandre.
- **Antología Poética**, de Hermenegildo Martín Borro.
- **Ciudad Ducal**, de José Luis Sancho Barros.



Institución Gran Duque de Alba

Inst. Gran
821.